

# Evangelio y salud

## Una aproximación bíblica a la pandemia

*Miguel Armada\_\**



### **La salud en la misión de Jesús de Nazaret**

Releyendo los cuatro evangelios aparece la salud del pueblo como prioritaria en la misión de Jesús. En su tiempo existían muchas enfermedades y epidemias, con diversas causas e interpretaciones, responsables de sufrimientos, discriminaciones y muertes.

Sobre el contexto socio-cultural del Mediterráneo del siglo I d. C, el biblista Bruce John Malina afirma:

*“La mortalidad infantil alcanzaba a veces el treinta por ciento. Otro treinta por ciento moría en torno a los seis años; ciertamente un sesenta por ciento había desaparecido para los dieciséis años. Estudios actuales estiman que más del setenta por ciento perdía a uno o a los dos progenitores antes de llegar a la pubertad... Los niños eran siempre los primeros en sufrir las consecuencias del hambre, la guerra y la enfermedad”.*

Una interpretación teológica vinculaba las enfermedades como consecuencias del pecado humano o del poder del mal, en sus variadas denominaciones (*espíritus impuros, demoníacos o malos, Satanás, diablo, demonio, Belzebul*).

Con Jesús irrumpe el *kairós*, tiempo oportuno, de la Buena Noticia del Reinado de Dios (Mc 1, 14-15), con signos mesiánicos vinculados a la salud, como expresa la respuesta que envía a Juan Bautista, el profeta encarcelado:

*“Vayan a contar a Juan lo que ustedes oyen y ven: los ciegos ven y los paralíticos caminan; los leprosos son purificados y los sordos oyen; los muertos resucitan y la Buena Noticia es anunciada a los pobres. ¡Y feliz aquel para quien yo no sea motivo de escándalo!”* (Mt 11, 4-6).

Los evangelios registran diecisiete curaciones, seis exorcismos, tres resurrecciones, ocho milagros de la naturaleza y varios sumarios de salud<sup>3</sup> realizados por el Nazareno:

*“Jesús recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias de la gente. Su fama se extendió por toda la Siria, y le llevaban a todos los enfermos, afligidos por diversas enfermedades y sufrimientos: endemoniados, epilépticos y paralíticos, y él los curaba”* (Mt 4, 23-24).

#### **Destaco algunos rasgos de su misión:**

- El proyecto del Reino, expresado por Jesús en las bienaventuranzas (Mt 5, 1-12), responde a los clamores por vida plena de un pueblo sufrido (4, 23-25). Dios revela su rostro cercano e interviene soberanamente con una propuesta de felicidad comunitaria y participativa, desde abajo y desde los últimos, en un contexto de conflictos y persecuciones.
- Jesús coloca la dignidad y el valor sagrado de cada persona por encima de las instituciones, leyes y normas del poder religioso de Jerusalén y del Imperio romano, de las fronteras socio-culturales creadas por los humanos entre puros e impuros, hombres y mujeres, sanos y enfermos, adultos y niños, ricos y pobres, judíos y extranjeros, justos y pecadores, amigos y enemigos. Jesús transgrede las leyes de pureza: toca y cura a un leproso (Mc 1, 40-45); come en la misma mesa con pecadores y publicanos (Mt 9, 10-13); sana y empodera a una mujer encorvada dentro de una institución en un día de descanso sagrado (Lc 13, 10-17); cura a la hija de una mujer extranjera (Mt 15, 21-28) y la del jefe de una sinagoga (Mc 5, 21-24.35-43); libera personas sufridas con diferentes mecanismos de auto-destrucción y alienación (Lc 8, 26-39; Mc 9, 14-29; Mt 17, 14-21).
- Jesús no comparte una visión de Dios que conectaba la enfermedad con el pecado, expresada por la teología de muchos: *“Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento.*

*Sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?». «Ni él ni sus padres han pecado, respondió Jesús; nació así para que se manifiesten en él las obras de Dios»* (Jn 9, 1-3). Del mismo modo, cuando Jesús recuerda a un grupo de galileos asesinados y otros dieciocho que murieron en un accidente de la construcción, señala que no fue por causa de sus pecados o culpas (Lc 13, 1-5). Jesús testimonia y encarna el rostro de un Dios compasivo que *“toma nuestras debilidades y carga sobre sí nuestras enfermedades”* (Mt 8, 17).

- Jesús comprende la salud relacionada al Reino, al *shalom*, la paz integral, el buen con-vivir del ser humano consigo mismo, con los demás, con Dios, con la creación. Salud es plenitud de vida, don de Dios y cuidado humano, restablecimiento de la armonía, felicidad y justicia social. Es una visión diferente de la moderna dominante: centralizada en los síntomas de las enfermedades y no en sus causas; con un abordaje unidimensional físico e individualista de la persona; una posición mesiánica del profesional que subestima al enfermo y descalifica los saberes populares en salud, desde un fundamentalismo científico con medicinas solo aprobadas por el negocio farmacéutico... Jesús, por el contrario, interconecta todas las dimensiones de la salud humana y sus vínculos familiares, comunitarios y sociales, atacando las raíces de las enfermedades; emancipa de ideologías que dañan la vida del pueblo; parte de las búsquedas y deseos de la persona; valoriza su forma cultural y espiritual de expresarse; sabe leer e interpretar el mensaje en los rostros, cuerpos, gestos, palabras y silencios; se ocupa de la alimentación, los afectos, la inclusión, el perdón, los sentimientos, el protagonismo en los procesos de recuperación de la salud-salvación (Mc 1, 23 - 2, 12; 5, 1-20.21-43; 10, 46-52).

- Jesús responde a una mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años y que había tocado su manto para ser curada: *"Hija: tu fe te ha salvado/sanado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad"* (Mc 5, 34). Restaura la vida, levanta, resucita, pone de pie a quienes se encontraban en situaciones de postración y muerte (Mc 5, 40-43).

- Jesús proclama la Buena Noticia de Dios (Mc 1, 14-15), conectando el servicio a la salud del pueblo con la justicia e inclusión social. Toda enfermedad daña la vida, hace sufrir al ser humano y puede llevarlo a la muerte, como somos testigos en este tiempo. En muchos relatos, la restauración de la salud se realiza en un contexto de mesa y pan compartidos junto con sufrientes y excluidos (Lc 14, 1-24). Jesús conforma comunidades terapéuticas desde su experiencia de Dios Padre-Madre, comunidades de hermanas y hermanos que comparten la lucha por la vida. No son iluminados, puros, justos y perfectos, sino mujeres y hombres con *"trigo y cizaña"* (Mt 13, 24-30), que han palpado en Jesús el abrazo, la acogida, la curación y la misericordia de Dios: *"No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos... Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores"* (Mt 9, 12-13).

- Mientras algunos sectores sociales y religiosos eran movidos por el odio y la teología de la retribución-méritos (Mt 5, 38-48; Mc 3, 6; Lc 15, 1-32; Jn 11, 45-57; 19, 1-37), Jesús actúa motivado por el amor gratuito de Dios, la misericordia y la no-violencia activa (Mt 5, 43-48; Mc 6, 34; Jn 13, 34-35; 15, 9-17). La ética de la compasión frente a los heridos y despojados en los caminos de la vida tiene prioridad sobre el culto litúrgico, como lo propone en la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29-37), donde un sacerdote y un levita, funcionarios del templo, ven un herido y pasan de largo, mientras que un samaritano realiza siete acciones de cuidado para salvarlo: *"lo vio y se conmovió; se acercó y vendó sus heridas; lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo"* (10, 34). La ética del cuidado de los demás es esencial en el discipulado: *"Yo quiero misericordia y no sacrificios"* (Mt 9, 13).

- A medida que crecían las Buenas Noticias generadas por Jesús en los sectores populares, las élites del poder religioso y político reaccionaron con enfurecimiento (Mc 3, 6; Lc 6, 11), demonizando sus prácticas sanadoras como obras de *"Belzebul, el príncipe de los demonios"* (Mt 12, 22-29) y con violencia en su pasión y asesinato. No soportaban que el pueblo recuperase su salud y dignidad, por eso decidieron eliminar también a sus testigos: *"Entonces los sumos sacerdotes resolvieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos se apartaban de ellos y creían en Jesús a causa de él"* (Jn 12, 10-11).

- En la misión de Jesús no tienen cabida la xenofobia y discriminación de los pobres porque él mismo se identificó con los más pequeños, asumió sus causas y estableció el amor-servicio junto a ellos como criterio central del discernimiento y juicio ante Dios: *“Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?”. Y el Rey les responderá: “Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo”* (Mt 25, 37-40).
- La comunidad de Jesús recibe la misma misión sanadora y liberadora de su Evangelio: *“Jesús convocó a sus doce discípulos y les dio el poder de expulsar a los espíritus impuros y de curar cualquier enfermedad o dolencia”* (Mt 10, 1). Jesús, como indica su nombre, *“Dios salva”*, es fuente de salud y esperanza en cuerpos finitos y vulnerables; en personas interrelacionadas en el cuerpo social: *“He venido para que tengan Vida, y vida en abundancia”* (Jn 10, 10). El encuentro con Jesús comunica *“vida eterna”*, vida plena y definitiva (10, 25; 14, 6) como Dios desea, en una escatología presente, *“Yo soy la Resurrección y la Vida”* (Jn 11, 25; 3, 6; 17, 3), y futura (6, 40.44.47). La salvación ofrecida por Jesús no se limita a sus últimos tres días de vida (Pascua). Toda su existencia profética y sapiencial, como Mesías e Hijo de Dios, estuvo al cuidado de la salud integral del pueblo y la creación, y la liberación de todos los virus deshumanizantes.

## El desierto como símbolo del tiempo presente

Los evangelios sinópticos narran la experiencia de Jesús en *el desierto* (Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13), conducido por el Espíritu, antes de comenzar su ministerio público con las características desarrolladas anteriormente. Para describir el tiempo de pandemia que estamos atravesando escojo la imagen *del desierto* por lo que evoca e inspira. La experiencia fundante del Pueblo de Dios encuentra en el éxodo, el desierto y la tierra con justicia y libertad tres claves creyentes-existenciales que han sido releídas en la Biblia en diferentes etapas históricas. El desierto evoca diversos significados:

*El desierto como camino de travesía, de encuentro con Dios y de vuelta a lo esencial*

El pueblo oprimido en Egipto y liberado por Dios en la Pascua (Ex 2, 23- 3, 17; 12, 1-14; 15, 1 ss), atravesó el desierto durante cuarenta años, una generación, antes de entrar a la tierra de Canaán. La mayoría de los líderes del proceso de liberación, como Moisés, Miriam y Aarón, murieron antes de llegar a la tierra prometida (Jos 1, 1ss). Había una conciencia de ruptura con el pasado de esclavitud (*Egipto*), de confianza en el Dios liberador que acompaña al pueblo, y esperanza de habitar una nueva tierra. Para muchos personajes bíblicos, como Abraham, Sara y Agar (Gn 12; 15; 16), Moisés (Ex 3, 4-10) o Elías (1 Rey 19, 1-18) el desierto fue lugar de encuentro con Dios, de revelación de su rostro, presencia y misión:

*“¡Moisés, Moisés!... Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos... Ahora ve, yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas”* (Ex 3, 7.10).

El desierto es un lugar geográfico, existencial y teológico, caracterizado también por la sequedad, donde casi todo muere. No existen caminos seguros y definidos. Se peregrina con incertezas por etapas, en caravanas o grupos organizados, buscando oasis de vida. Quien se

corta solo, puede terminar mal. En el desierto nos encontramos en soledad con nosotros mismos, con nuestras vulnerabilidades, deseos, pasiones, dones, interrogantes y esperanzas. Volvemos a lo que es esencial para vivir, lo realmente valioso de la existencia en todos los vínculos... Al comienzo de la cuarentena y aislamiento social por el coronavirus se visibilizaron muchas condiciones indignas de vida e injusticias sociales que existían previamente; se experimentó con fuerza la soledad y el silencio, la solidaridad y la empatía; una mayor conciencia de lo esencial y lo superfluo; el detener el ritmo acelerado de vida para escuchar al otro/a y responder a nuevos desafíos virtuales; el cuestionamiento de aquello que se presentaba como absoluto en el mercado y era relativo (*quienes sustentaron la vida del pueblo fueron los trabajadores esenciales y el estado cuando estuvo presente, no el mercado ni los especuladores*); la conexión al misterio de Dios desde una fe desnuda, en medio de sufrimientos e impotencias frente a las muertes e inseguridades cotidianas.

Las condiciones de vida no son iguales para todas las personas, familias, provincias y países... Todavía no sabemos cuánto tiempo durará este desierto, si saldremos con vida y mejores, o no. No tenemos certezas absolutas de transformación, sino posibilidades y resistencias. Somos interpelados a “*escuchar*” en profundidad el mensaje de la vida y de Dios en esta crisis global (Dt 6, 1-13; 30, 15-20), optando espiritual y políticamente en favor del bien común-salud integral del pueblo y la tierra.

*El desierto como lugar de confrontación de proyectos, tentaciones y construcción de alternativas*

El desierto es espacio de revelación de Dios y al mismo tiempo de manifestación de los propios demonios, miserias, visiones deshumanizantes. La precariedad de la vida y los vínculos; los interrogantes y dificultades para satisfacer las necesidades básicas; las demandas obsesivas de algunos sectores... pueden transformarse en murmuraciones (Ex 16-17) y protestas conservadoras de retorno a la esclavitud:

*“Los israelitas dijeron a Moisés: «¿No había tumbas en Egipto para que nos trajeras a morir en el desierto? ¿Qué favor nos has hecho sacándonos de allí? Ya te lo decíamos cuando estábamos en Egipto: “¡Déjanos tranquilos! Queremos servir a los egipcios, porque más vale estar al servicio de ellos que morir en el desierto” (Ex 14, 11-12).*

El desierto es lugar de tentaciones, confrontación de proyectos y de combate espiritual, como también lo experimentó Jesús (Dt 8; Lc 4, 1-13). En el discernimiento de las opciones, la pregunta central es: ¿Promovemos la salud-vida sin exclusiones o las enfermedades-muertes? Necesitamos memoria y espíritu crítico en el planteo de propuestas, porque hasta el demonio presentó a Jesús proyectos delirantes usando la Biblia como fundamento. Mientras que el Dios de la Vida escucha y responde el clamor de los oprimidos, los ídolos piden sacrificios humanos y justifican las muertes para no modificar el sistema dominante.

En este tiempo de crisis profunda, aparecen voces de falsos profetas y apocalípticos (Mt 7, 15-23; 24, 4ss) tentando al pueblo para volver a “*la normalidad*” de la esclavitud en Egipto. La colonización a través de las corporaciones mediáticas perpetúa el miedo, la parálisis y la atomización ciudadana con un discurso anti-política, lo que conduce a perpetuar la política del mercado controlado monopólicamente por los grupos del poder económico. Algunos, se identifican subjetivamente con los mensajes de odio de las homilias de periodistas y teólogos de la aporofobia, promoviendo los contagios y muertes en nombre de la libertad.

Otros, reclaman privilegios no esenciales, o ponen en peligro la vida de los demás con sus fiestas clandestinas, turismos y encuentros presenciales irresponsables. Otros, focalizan la salvación únicamente a través de las vacunas, como si la OMS y la industria farmacéutica fuesen Cáritas o un Grupo solidario. Las vacunas y medidas sanitarias son importantes, pero no su comercio y la injusta distribución mundial. ¿Cómo discernir las consecuencias de tantas voces y complejidades? Nos encontramos como en una encrucijada del camino: podemos reorientar el sistema global y estilo de vida hacia la salud del cuerpo social y ecológico, o provocar un colapso mortal por la adicción al lucro y el consumo sin límites de un sector social, aún en pandemia...

El desierto es también espacio de construcción de alternativas comunitarias de vida (Is 40, 1-8; 41, 8-16). Allí Dios selló una Alianza de amor con su pueblo, un proyecto de sociedad alternativo al sistema opresor de Egipto, a través del decálogo (Ex 20). La Alianza fiel y gratuita de Dios con el pueblo (Jer 2; Os 2) y todos los seres vivientes (Gn 9, 8-17) es retomada en diversas etapas del camino (Ez 36, 24-28), como un nuevo comienzo. Si esta pandemia ha dejado al descubierto la teología y religión del capitalismo neoliberal, con sus mandamientos, creencias, dogmas, liturgias, virtudes, pecados, lugares de culto, sacerdotes y escribas de un sistema que mata, el Dios de la Vida alienta en el desierto la construcción participativa de otro modelo socio-ecológico:

*“¡Regocíjese el desierto y la tierra reseca, alégrese y florezca la estepa! ... Fortalezcan los brazos débiles, robustezcan las rodillas vacilantes; digan a los que están desalentados: «¡Sean fuertes, no teman: ahí está su Dios! ... Él mismo viene a salvarlos!»». Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos; entonces el tullido saltará como un ciervo y la lengua de los mudos gritará de júbilo. Porque brotarán aguas en el desierto y torrentes en la estepa... Allí habrá una senda y un camino que se llamará Camino santo ... Por allí caminarán los redimidos, volverán los rescatados por el Señor; y entrarán en Sión con gritos de júbilo, coronados de una alegría perpetua: los acompañarán el gozo y la alegría, la tristeza y los gemidos se alejarán” (Is 35, 1ss).*

En Ap 12, 1-17 el desierto es lugar de refugio, resistencia y lucha desproporcional entre las comunidades que engendran la vida (*mujer que da a luz*) y el Imperio bestial y violento (*Dragón*). La superación de esta crisis global requiere políticas de estado nacional e internacional que coloquen en el centro *el cuidado de la vida del pueblo y la tierra*, desde una participación ciudadana comprometida, inter-generacional y el aporte plural de las organizaciones sociales, religiosas, económicas, políticas, los movimientos populares, indígenas, negros, campesinos, feministas, ecológicos, trabajadores, derechos humanos, LGBTQ, estudiantes, docentes, comunicadores y artistas... La travesía del desierto no depende de dirigentes de mano dura, que se auto-presentan como iluminados, puros y omnipotentes, sino de comunidades vulnerables organizadas y alternativas, vacunadas de humanidad y compasión. El horizonte inspirador del misterio de Dios, Trinidad de Vida, presencia fiel y solidaria junto al pueblo, es la creación permanente de “*un cielo nuevo y una nueva tierra*”, no su destrucción (Is 65, 17-25; Ap 21, 1-5); un nuevo modo de con-vivir feliz y saludablemente:

*“Esta es la morada de Dios entre los hombres: él habitará con ellos, ellos serán su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos. El secará todas sus lágrimas, y no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó... A ambos lados del río, había arboles de vida que fructificaban doce veces al año, una vez por mes, y sus hojas servían para curar a los pueblos” (Ap 21, 3-4; 22, 2).*

## Conclusión

He señalado algunos rasgos de la misión de Jesús vinculados a la salud y del desierto como experiencia profunda de Dios en la historia. Sin embargo, han quedado otros ejes bíblicos importantes sin desarrollar y que desde nuestras experiencias vitales podemos enriquecer y ampliar. El Espíritu que condujo a Jesús al desierto es el que lo envía a la misión sanadora y emancipadora de los oprimidos (Lc 4, 14-21).

En tiempos de crisis y conflictos, ese mismo Espíritu nos conduce, como a Jesús, al desierto para discernir las opciones desde el corazón de Dios (Mc 14, 32-42), hasta “*parir la vida*” en el pueblo, como lo expresa Julia Esquivel, poetisa y mística guatemalteca, en su poema *No tengo miedo a la muerte*:

*“Ya no tengo miedo a la muerte,  
conozco muy bien  
su corredor oscuro y frío  
que conduce a la vida.  
Tengo miedo de esa vida  
que no surge de la muerte,  
que acalambra las manos  
y entorpece nuestra marcha.  
Tengo miedo de mi miedo,  
y aún más del miedo de los otros,  
que no saben a dónde van  
y se siguen aferrando  
a algo que creen que es la vida  
y nosotros sabemos que es la muerte!  
Vivo cada día para matar la muerte,  
muero cada día para parir la vida,  
y en esta muerte de la muerte,  
muero mil veces  
y resucito otras tantas,  
desde el amor que alimenta  
de mi Pueblo,  
la esperanza!  
El camino de la esperanza está pavimentado  
con pequeños pasos de esperanza  
(Cardenal Francisco Nguyen Van Tuan).*